

El diseño comunitario en la academia: una alternativa al diseño de elite

“Participation is the space in which hope is negotiated. What is clear is that this hope refers not just to a better future for the users of the built environment, but also to a better future of architectural practice.” (Till 2005: 41)

Los talleres de diseño comunitario ofrecen una alternativa al diseño de estructuras icónicas, representativo de los arquitectos estrella, priorizando el bien común y el esfuerzo colectivo. Sin embargo, el reconocimiento y el apoyo que se les ha dado por parte de las universidades y las administraciones públicas es poco. En la década de 1960 del pasado siglo se crearon los primeros programas de diseño comunitario en escuelas de arquitectura y planificación urbana de Estados Unidos. Entre ellos destacan el de Pratt Institute (1963), el del arquitecto Henry Sannoff en North Carolina State University (1966), y los de reconocidas universidades como Harvard y Massachusetts Institute of Technology (MIT) (1969). Estos se fundan por la necesidad de que las comunidades que carecen de recursos económicos e influencia política puedan tener acceso a ayuda técnica y de diseño para mejorar su entorno y, por tanto, su calidad de vida. También por la influencia de libros como *“The Death and Life of Great American Cities”* (1961) escrito por la teórica del urbanismo Jane Jacobs y que critica la planificación urbana que no toma en cuenta como realmente se utilizan los espacios en la ciudad y las comunidades. No obstante, muchos de los programas no subsistieron y no fue hasta la década de 1990 que resurgió el interés por incluir en el currículo universitario talleres de diseño al servicio de las comunidades marginadas. Un ejemplo de esto es Rural Studio (1993), fundado por el arquitecto Samuel Mockbee en la Universidad de Auburn en Alabama y uno de los más reconocidos por sus originales soluciones de diseño y construcción con materiales reciclados. Es pertinente preguntarse a qué puede deberse el éxito o el fracaso de este tipo de talleres, cómo pueden estar relacionados a momentos de necesidad y crisis económica, que metodologías educativas se utilizan para involucrar a los estudiantes y participativas para involucrar a los habitantes de las comunidades, cuáles son sus logros y los retos a los que se han enfrentado y, al día de hoy, cómo son representativos en la academia del rol social del arquitecto. Para efectos de este artículo se hará referencia a fuentes bibliográficas y a entrevistas a estudiantes, profesores y residentes de diversas comunidades referentes a dos casos de estudio en Puerto Rico: el Taller de Diseño Comunitario y el Taller de Diseño Colaborativo en Puerto Rico. Los hallazgos se fundamentarán en estos casos.

Según Anthony Schuman *“The successive design trends of the past 30 years, although enriching the design palette in formal terms, have reinforced a narrow spectrum of **architecture practice focused on the elite designer and the signature building.**”* (Schuman, 2006: 8) Tomando esto en cuenta, si existe la posibilidad de que los educadores perpetúen la visión de que la arquitectura es sólo lo que se ve en revistas y postales, los estudiantes de arquitectura continuarán añorando graduarse sólo para realizar obras icónicas, para convertirse en estrellas de la profesión, sin considerar la manera en que se habitan los espacios y las necesidades de sus habitantes. Esto a pesar de que existen muchas comunidades con necesidad de expertos en temas de diseño que los ayuden a subsanar sus carencias de espacios de uso común de calidad y viviendas dignas, y a convertir sus ideas y aspiraciones en proyectos concretos. En un taller de diseño comunitario se puede llevar a cabo un intercambio de conocimiento de manera que existe un beneficio mutuo, entre estudiantes y residentes. Por ello, más que un taller con participación ciudadana es un taller de colaboración, es decir, de trabajar no **para** si no **con** la comunidad. Los estudiantes pueden tener la experiencia de trabajar directamente con el usuario de los espacios que diseñen y en ocasiones ver parte de su diseño construirse, aunque sea una pequeña aportación. Los residentes pueden tener, desde un plan que pueden desarrollar con el tiempo o conseguir fondos para su realización, hasta esa pequeña aportación. Ambos se empoderan del conocimiento y los residentes se empoderan de sus espacios habitables y tienen la capacidad de mantenerlos y protegerlos. La importancia radica en el proceso, por encima del producto, y cada pequeña aportación es un gran paso para que más personas puedan vivir en mejores condiciones. Es fundamental que esto sea reconocido por las escuelas de arquitectura, promoviendo la responsabilidad social de los futuros arquitectos. De esta manera *“...students become knowledge producers rather than knowledge consumers and learn to take **responsibility for their own education and learning.**”* (Bose and Horrigan, 2014: 3) Asimismo, en un taller de diseño comunitario los residentes tampoco son tratados como meros consumidores si no como colaboradores que aportan a la formación de diseñadores más sensibles y comprometidos con el medio ambiente, el entorno construido y sus habitantes.